

¿Un "perfil propio" de América Latina

JULIO SAU AGUAYO

UNAM

Para evitar caer en entusiasmos excesivos e irrealistas, el reciente encuentro celebrado por los presidentes militares de Brasil y Argentina en el lugar fronterizo, llamado paradójicamente Paso de los Libres, debe ser analizado sin perder de vista la escasa representatividad de muchos y sus sólidos y tradicionales vínculos con el Gobierno de Estados Unidos. De este modo, es posible tener una visión realista de la incipiente entente de estas dos medianas potencias sudamericanas, destinada fundamentalmente a mejorar la capacidad de negociación de ambas frente a la Casa Blanca.

El acercamiento entre estos dos países latinoamericanos, sindicados habitualmente como rivales en el área Sur, su evidente propósito de liderizar al resto de los países latinoamericanos —lo que pueda en claro en la reivindicación levantada por Figueiredo en el encuentro reciente, al encuenter que "América Latina debe actuar con lineamientos propios en el escenario mundial" — y el acuerdo brasileño - argentino destinado a tener una importante repercusión en la política latinoamericana. Por ello se hace aún más urgente evaluar objetivamente los objetivos reales que subyacen tras esta maniobra político - diplomática, aparentemente tan positiva.

Si fuera posible separar totalmente la política internacional de un país del contexto político interno, podríamos tal vez encontrar ciertos aspectos positivos en la reunión del Paso de los Libres. Entre ellos, podríamos incluir el reclamo implícito de mayor autonomía relativa de los participantes frente a Washington; su virtual oposición a la formación de un poeta militar que cubriera el área del Atlántico sur, con Estados Unidos, Sudáfrica y Chile como miembros; además de un du-

do e hipotético acercamiento a las posiciones realmente posicionadas asumidas por México. Pero si analizamos la situación desde una perspectiva más global, en la que política nacional y política internacional forman una totalidad coherente e internamente articulada, dicho saldo positivo aparece profundamente cuestionable.

El primer cuestionamiento a esa visión optimista de los resultados de la reunión bilateral aludida se refiere a la representatividad que pudieran tener Viola y Figueiredo para, en primer lugar, hablar en nombre de América Latina; y para definir los "lineamientos propios" con los que nuestra región debe actuar en el escenario internacional, en segundo lugar. La respuesta a esta pregunta no debemos buscarla, como algunos parecen suponer, ni en el potencial bélico ni en los atributos de mediana potencia de Argentina y Brasil, sino en el grado de legitimidad social y política nacional que pueden exhibir ambos gobiernos. Los rasgos democráticos presentes en el régimen brasileño son primarios, insuficientes y artificiales, al paso que son inexistentes en el caso argentino, por lo que es lícito concluir que los pueblos latinoamericanos no pueden ser representados por gobernantes que no representan la voluntad soberana de sus propios pueblos.

Ninguna consideración de "realpolitik" puede ocultar un hecho irrefutable: la historia reciente de los regímenes militares en Brasil y Argentina demuestra que ambos se han caracterizado por emprender gigantescas operaciones desnacionalizadoras, convirtiéndose de hecho en interlocutores privilegiados y en piezas claves de la dominación norteamericana en el Cono Sur. Cierto es que Brasil ha mostrado un grado de independencia relativa en materia de polí-

tica exterior en los últimos años, y que el Gobierno argentino ha adoptado posiciones débilmente autónomas en materias económicas. Pero ni en uno ni en otro caso se ha tratado de cuestionamientos a los parámetros ideológicos de la visión norteamericana de América Latina, ni menos de enfrentamientos a los aspectos centrales de la política de la Casa Blanca hacia nuestro subcontinente. Por lo tanto, la posibilidad de que sean los gobiernos brasileño y argentino quienes definan, o contribuyan decisivamente a definir, los "lineamientos propios" de nuestra región en el contexto internacional conlleva un riesgo de gran envergadura. ¿Quién puede asegurar, en tal caso, que se tratará efectivamente de un perfil propio, y no de lineamientos funcionales a la dominación imperialista?

El otro gran interrogante que plantea la incipiente ofensiva política brasileño - argentina en el contexto latinoamericano se relaciona directamente con la definida posición adoptada por México en América Latina. Dicha posición - caracterizada por una clara defensa de los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos y avalada por su trayectoria histórica y por la legitimidad democrática de su gobierno — pudiera resultar efectivamente fortalecida si los gobiernos de Figueiredo y de Viola se comprometieran realmente en una política conjunta de corte nacionalista y de defensas de los principios y defensas por México. Pero a la luz de los antecedentes históricos y de política interna que hemos expuesto someramente, ello resulta altamente improbable. La definición del perfil propio de América Latina queda, pues, como una tarea que deben asumir los propios pueblos latinoamericanos y los gobiernos que, como el de México, los representan legítimamente.